

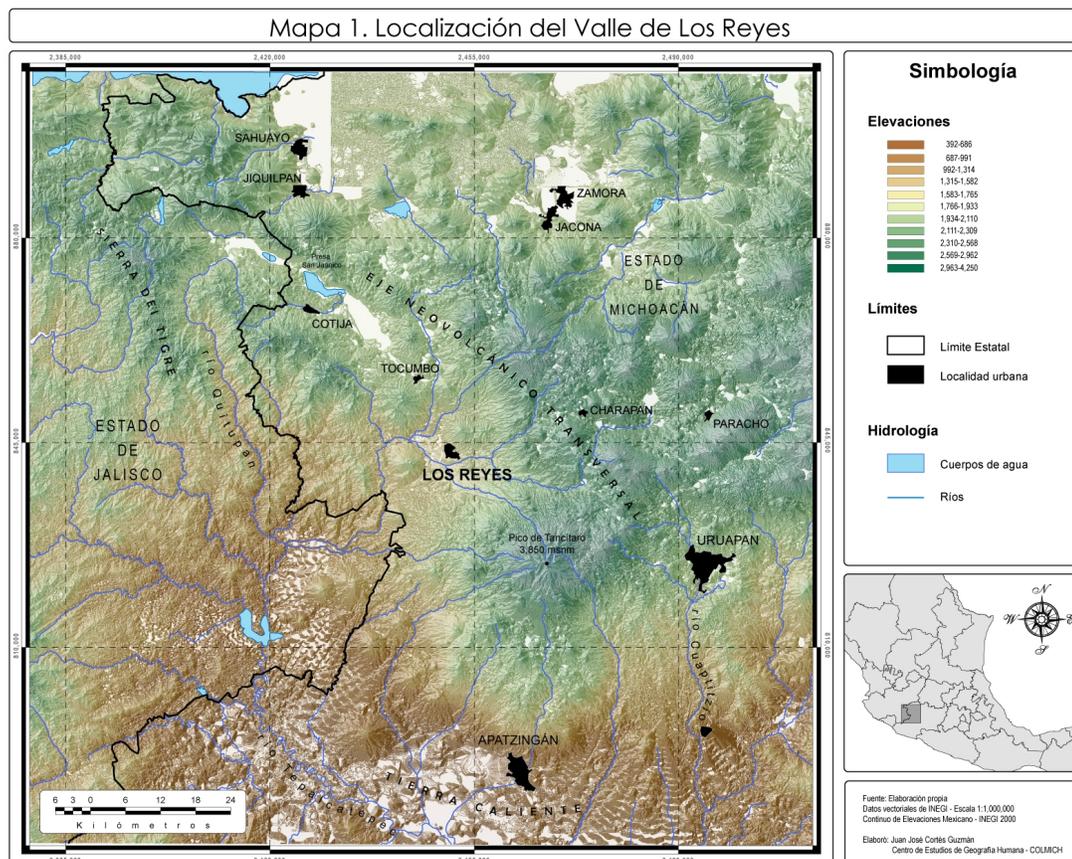
El cultivo de la zarzamora en el valle de Los Reyes: sus consecuencias entre los purépechas

Virginie Thiébaud*

Un valle agrícola en proceso de transformación

El valle de Los Reyes está ubicado al noroeste del estado de Michoacán, entre la Sierra Purépecha, parte del eje neovolcánico central y la Sierra del Tigre (véase mapa 1). Situado a una altitud de 1 200 msnm, ofrece condiciones muy favorables para las actividades agrícolas: suelos fértiles y profundos que retienen la humedad, clima cálido-húmedo y posibilidad de irrigación con el agua de los numerosos ríos y manantiales que bajan de las sierras vecinas.

Mapa 1. Localización del Valle de los Reyes



*Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana.



La caña de azúcar fue un cultivo importante en el valle desde la época colonial; existían numerosos pequeños trapiches en los cuales se procesaba y se fabricaba piloncillo, azúcar y a veces alcohol (Esquivel, 1985: 132). La producción de la caña se reforzó a lo largo del siglo XX: primero con la creación de dos ingenios, San Sebastián y Santa Clara, a cada extremo del valle, en los años cuarenta, mediante los cuales aumentaron la productividad y la demanda; y en una segunda etapa con la nacionalización de los ingenios, la aportación de créditos y el uso de abonos y pesticidas en los años sesenta y setenta (Thiébaut, 2009: 16-17). Llegó un momento en los años setenta en el que gran parte de la superficie llana del valle estuvo cubierta por cañaverales, lo que le valió el nombre de “valle esmeralda”. Sin embargo siempre hubo otros productos en el llano y en las laderas, en superficies más o menos importantes. Cultivos comerciales como el arroz y la fresa, o de subsistencia, como el maíz y el frijol.

Hoy en día, la observación de los paisajes deja ver que el valle está ocupado por dos cultivos distintos que comparten el espacio de manera más o menos equilibrada: los cañaverales que predominan en la parte norte y el cultivo de la zarzamora que se extiende en todo el valle, incluso en algunas laderas. Este último se empezó a desarrollar al final de la década de 1990, como resultado de varias iniciativas privadas y como intento de responder a la crisis que enfrentó la industria azucarera en México, consecuencia de los acuerdos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que entró en vigor en 1994.

La zarzamora se extendió después de unos primeros años difíciles, cuando la aplicación de una nueva técnica, la defoliación, permitió adelantar la cosecha varios meses y se instalaron nuevas empresas exportadoras de capital mexicano y extranjero (chileno y estadounidense). Los productores cañeros se dejaron convencer rápidamente por las posibilidades del nuevo cultivo, mucho más rentable que el anterior, a pesar de las dificultades que representaba cumplir con las normas de producción para exportación (Thiébaut, 2009: 23-26).

En 2009 eran 14 las empresas exportadoras presentes en el valle y la superficie cubierta era de aproximadamente 7 000 ha (SIAP, 2009), incluyendo pequeñas áreas de frambuesas y arándanos que no se desarrollan mucho por existir competencia en otras partes del estado de Michoacán y en Jalisco.

El dinamismo de este nuevo cultivo implicó cambios no solamente dentro del valle —cierre de uno de los ingenios, nuevas infraestructuras de riego, mejoras económicas— sino también en sus



alrededores. En efecto, mientras los cañeros podían encargarse solos de casi todas las labores de la caña de azúcar a lo largo del año, la zarzamora requiere cuidados continuos que se efectúan a mano —limpia de los pies de los arbustos, instalación de guías, fumigación, defoliación, aplicación de abonos, además de la pizca que es necesario efectuar rápidamente una vez que las frutillas llegan a maduración—, por lo cual se requiere mucha mano de obra.

El cultivo de la zarzamora como fuente de trabajo en los pueblos purépechas

Desde el inicio del cultivo, los productores buscaron jornaleros para trabajar en las parcelas. Al mismo tiempo que los habitantes de Los Reyes y de pequeños pueblos del valle —entre ellos Los Limones, Los Palillos, Plan de Ayala— empezaron a trabajar en las parcelas de zarzamora, los productores buscaron mano de obra en los pueblos purépechas cercanos, como Oruscato, Cherato, Památacuaro, Tata Lázaro y Tzirio. Las entrevistas de campo permitieron saber que en estos pueblos hubo personas que empezaron a pizcar zarzamora en el valle de Los Reyes a partir de 1998 y 1999 (véase mapa 2).

Mapa 2. Origen de los trabajadores de la zarzamora



encuentra empleo, sobre todo de octubre a diciembre y de marzo a mayo, ya que en los meses de enero y febrero la producción baja y por lo tanto también la demanda de mano de obra, en particular en las pequeñas propiedades; en las grandes se mantiene una demanda más estable. Gran parte de los jornaleros trabaja solamente entre cinco y siete meses al año, según la producción y las necesidades consecuentes de mano de obra.

La importancia del trabajo femenino

La población purépecha que trabaja en la zarzamora es mayoritariamente femenina. A partir de las evaluaciones de los productores y de la información obtenida del ayuntamiento, estimamos que aproximadamente 70% de los trabajadores son mujeres. Por una, los productores prefieren contratar a mujeres para efectuar la pizca, ya que se trata de un trabajo delicado que ellas realizan mejor. Por otra parte, los hombres de estos mismos pueblos tienen otra oportunidad de trabajo, remunerada más o menos de igual manera, en las huertas de aguacate de la región. Los que laboran en la zarzamora se dedican muchas veces a las tareas más duras, como excavar zanjas o instalar guías, y son “de planta”, es decir que trabajan durante todo el año.

En los pueblos del norte de la sierra situados más cerca de Zamora (La Cantera, Tarecuato y Los Laureles), las mujeres purépechas ya tienen experiencia en los campos de cultivo pues trabajan por temporadas en Aranza, en la cosecha de la papa y en las parcelas de hortalizas de Yurécuaro, de Vista Hermosa y de La Barca (Jalisco). Incluso algunas emigraron a Estados Unidos hace algunos años. En cambio, en los otros pueblos más alejados del Bajío y de las vías de comunicación, la posibilidad de trabajo femenino es totalmente nueva.

La situación de las mujeres que bajan a trabajar al valle varía, así como su edad y condición. Pueden ser responsables económicamente de sus familias en caso de ser viudas, madres solteras o de tener un marido que lleve años viviendo en Estados Unidos y de quien perdieron la pista. Hay también mujeres solteras de cierta edad que con su sueldo colaboran en la economía familiar. Por ejemplo en el sostenimiento de sus padres ancianos, junto con sus hermanos varones. Finalmente, la última categoría —y también la más numerosa— está constituida por mujeres jóvenes adultas o adolescentes; a pesar de la prohibición del trabajo de menores en campos agrícolas para responder a las normas estadounidenses de los productos de exportación, las muchachas trabajan a partir de los 15 años. Con su sueldo, apoyan a sus padres (generalmente con la mitad) y se gastan lo que queda en compras personales, ropa y zapatos.



Cuando se acaba la pizca, las mujeres que no son “de planta” y tienen una familia su a cargo buscan un trabajo complementario en la economía informal, como coser para gente del pueblo, el trabajo doméstico, o invierten en una pequeña tienda. Labores que les ayudan a mantenerse mientras esperan el mes de octubre para regresar a la pizca. Es el caso de la señora Adelaida Bolívaes, del pueblo de Cherato, viuda de 50 años con cinco hijos, que empezó a trabajar en 1998 en la zarzamora y que abrió su pequeña tienda de abarrotes, poco surtida, por falta de dinero en enero del 2010, ya que decidió no regresar a la zarzamora ese año.

Las condiciones de trabajo

Los trabajadores empiezan a las 7 u 8 de la mañana y terminan hasta la 1 o 2 de la tarde, con un receso de media hora para desayunar. Laboran de 6 a 7 horas diarias por un salario de entre 120 y 130 pesos al día, por 6 días a la semana. En temporada alta, tienen la posibilidad de trabajar más tarde, cobrando entre 20 y 30 pesos la hora. Por lo tanto, los sueldos semanales pueden llegar a 800, 900 o incluso 1 000 pesos, lo que no está tan mal si se compara con el sueldo promedio en el campo mexicano. Sin embargo, los trabajadores casi nunca se benefician de prestaciones como el seguro social, excepto cuando trabajan para los productores más importantes del valle.

Si los horarios y el sueldo son casi siempre los mismos, la situación de los trabajadores puede variar; hay trabajadores estables que regresan durante toda la temporada a la parcela del mismo productor y otros que bajan al valle llevados por enganchadores que los colocan con sus contactos. Al inicio y al final de la temporada, cuando hay lluvias intermitentes (la frutilla mojada no puede cosecharse), o en enero y febrero, cuando baja la demanda de mano de obra, los intermediarios no siempre encuentran lugares y los jornaleros no bajan al valle o pierden el día esperando. La primera categoría de trabajadores está conformada en su mayoría por adultos que laboran lo máximo que pueden y consiguieron estabilizarse con un mismo “patrón”, mientras la segunda está conformada sobre todo por jóvenes, de cuyo salario no depende la subsistencia de la familia y que bajan cuando se animan. Existen dos puntos principales de encuentro en donde se reúnen los trabajadores disponibles y a donde los van a buscar los productores o encargados: en la antigua estación de tren de Los Reyes y en el pueblo de San Sebastián, cerca del ingenio.

Las condiciones de trabajo dependen igualmente de la lejanía del pueblo de origen. En los pueblos más alejados, como Corupo o Santa Rosa, que están a 35 o 40 km de distancia, los vehículos que transportan a los jornaleros se tardan más de dos horas en llegar a Los Reyes, por carreteras



estrechas y con curvas, muchas veces en mal estado. Los trabajadores deben levantarse a las 4 de la mañana y regresan a su casa a las 4 o 5 de la tarde, a veces a las 7, cuando “tardean” o tienen que esperar a compañeros del mismo pueblo. Además, las condiciones de transporte son peligrosas: viajan parados y hacinados en autobuses y camionetas poco seguros, que transitan rápido y sin precauciones. El 22 de mayo de 2009, un accidente de autobús en la carretera Charapan-Imbarácuaro provocó un saldo de 5 jornaleros muertos y 35 heridos. En cambio, en los pueblos más cercanos como Oruscato y Nuevo Zirosto, los trabajadores llegan en media hora a la parcela y el camino, más corto, es también mucho más seguro. Por otra parte, los grandes productores aseguran el traslado de sus trabajadores; por ejemplo, la familia Medina les hace viajar en autobuses escolares comprados en Estados Unidos, que van hasta los pueblos de Cherato, Zicuicho y Pamatácuaro.

La percepción del trabajo por parte de los trabajadores varía según estas condiciones. Todas las personas entrevistadas consideran que no se trata de un trabajo pesado, tanto en la opinión de las mujeres que han trabajado en parcelas agrícolas y que lo comparan con la cosecha de papa y jitomate, como de los jóvenes que no habían trabajado antes. Las condiciones son buenas: no hay que estar agachados (excepto con el arándano) y los únicos inconvenientes mencionados fueron son el calor y las espinas de la zarzamora. Las muchachas, sobre todo, resaltan el ambiente agradable que hay en las parcelas, donde “se divierten” y “se echa relajo”. Las condiciones son más pesadas para las personas que viven lejos pues reconocen lo cansado que es madrugar y el peligro de las condiciones del viaje.

Las consecuencias de la actividad en la población purépecha

En los pueblos de la Sierra Purépecha, cuyos habitantes acuden a la pizca de la zarzamora desde el final de los años noventa, se notan ciertas mejoras en la situación económica. Por ejemplo, algunas familias invirtieron en muebles y electrodomésticos o comenzaron a construir su casa, poniendo piso en el suelo, y también se abrieron más tiendas. Sin embargo, las mejoras pueden lograrse solamente cuando son varias las personas de un mismo hogar que trabajan; pues con los sueldos de los dos padres y el medio sueldo de una hija pueden hacerse estas inversiones, mientras que una mujer sola con carga de familia gana solamente para su subsistencia. En los pueblos en los que la actividad es más reciente, los cambios, leves y progresivos no se perciben todavía.



Por otra parte, los jóvenes se dedican a la pizca y ya no migran tanto al norte del país o a Estados Unidos, según comentan los habitantes. De hecho se nota en las estadísticas una estabilización, e incluso un leve aumento demográfico en los pueblos implicados en la producción de zarzamora. Por ejemplo, la población de la pequeña localidad de Tata Lázaro no para de aumentar desde su fundación en 1980, y la de la pequeña ciudad de Tzirio aumentó entre 1995 y 2000 y se ha estabilizado después (INEGI). Están lejos de la caída de población que existe en otros pueblos de Michoacán, debido al fenómeno de emigración.

Otra consecuencia, negativa esta, es la deserción escolar. Atraídos por la posibilidad de ganar un sueldo y, con éste, cierta independencia, al efectuar un trabajo no demasiado pesado, los jóvenes dejan la educación secundaria o media superior para trabajar. Es el caso de diez de los 13 menores de 20 años que hemos entrevistado. Solamente tres estaban trabajando antes de empezar a pizar zarzamora. Sin embargo, el cultivo tiene un futuro incierto a corto o mediano plazo, por lo cual esta población podría encontrarse sin trabajo de un día para otro y sin terminar sus estudios. Parece también, según testimonios de personas que trabajan en el ayuntamiento de Los Reyes, que aumentan los problemas de alcoholismo, droga y la multiplicación de embarazos prematuros en la población joven que acude al valle.

El balance del cultivo de la zarzamora es contrastante entre la población purépecha. Las mejoras económicas son limitadas. Sin embargo, la posibilidad de trabajar y ganar un salario propio es muy valorada por la población implicada, sobre todo en la femenina. En el caso de las mujeres, el cambio no es solamente económico; pizar zarzamora significa salir de su casa, tener más independencia, estar en una situación de igualdad con los varones de su edad. Esta nueva situación dura, por lo general, solamente unos años, pues al casarse y sobre todo al tener hijos, dejan de ir a la pizca y regresan a la situación tradicional de ama de casa. Por otra parte, esta opción de trabajo frena la migración hacia el norte del país y a Estados Unidos, además la población purépecha adquirió cierta habilidad en un trabajo especializado, lo que puede permitir la mejora de su situación laboral en el futuro.

